bios apenas si acertaron á articular estas palabras.

—Y mi esposo, exclamó Luisa, ¿no se opone á esas imprudencias?

—¡Qué se ha de oponer! Participa de ellas, al contrario, y Cendrin lo mismo. ¡Todo un miembro del Instituto!... Eso es increíble. En fin, para terminar; que exasperado con su sangre fría, les he enviado al diablo, diciéndoles que no quería dejar los huesos allí á causa de su dichosa mecánica y me he apresurado en venir á prevenirlas.

—¿Y qué es lo que yo puedo hacer?

—Puede usted ir á esa endemoniada fábrica y hacerles salir del soportal ó antro en que se hallan encerrados... Abajo aguarda el coche, que nos conducirá en un cuarto de hora... Todavía llegaremos á tiempo.

—¡Ah, sí, mamá, vamos! exclamó Cecilia juntando sus manos en actitud suplicante.

—Vamos pues, contestó Luisa.

Y después de tomar precipitadamente sus chales y sus sombreros y acompañadas del coronel, penetraron en el coche, cuyo caballo les condujo al trote largo en dirección á la Neuville.

Hallábanse Herbelin, Cendrin, Laroque y Raoul en la sala baja de la fábrica, instalados en torno de los acumuladores y en espera de que la máquina se pusiera en movimiento. Cendrin había pedido una silla de paja, y discutía tranquilamente sentado á dos pasos del motor, sobre el nuevo procedimiento que su amigo trataba de aplicar.

—Creo que si llegáis á arreglar la combinación de los gases, se llegará al resultado apetecido, pudiendo entonces almacenar la fuerza dentro de un pequeño volumen y con muy poco peso, obteniendo además la solución de los problemas de la tracción eléctrica, de la aviación...



...¡Los resultados serán importantísimos!

—Ahora, dijo Herbelin, que te has dado cuenta de sus funciones, voy á proceder al experimento... Sin embargo, como todavía pudiera haber una rotura cualquiera en los aparatos, os ruego que me dejéis completamente sólo en este sitio.

—¿Cómo solo? preguntó David.

—Sí, amigo mío, replicó riéndose David; sin ser tan pesimista como Pérignon, que ya nos daba á todos por muertos, no por eso dejo de abrigar algún ligero temor, y creo que sería perfectamente inútil privar al Instituto de una de sus más claras lumbreras, ni exponer tampoco la vida de dos jóvenes como Raoul y Laroque... Dejadme, pues, maniobrar á mi antojo.

—¡Eso si que no, exclamó Laroque! ¡Será en lo único que me atreva á desobedecer á usted!

—¿Puede saberse quien manda aquí? dijo Herbelin alzando la voz. Ordeno que se me deje solo, completamente solo.

El tono con que David pronunció las anteriores palabras, sorprendió no poco á los concurrentes; expresaba su fisonomía en aquel momento tal exaltación, que no podían explicársela, ni aun teniendo en cuenta la fiebre que se apodera de todo aquel que va á poner en práctica un invento propio, así es, que no dudaron que Herbelin iba á afrontar un gran peligro. Trató Cendrin de contener ó qui-

zás de acompañar á su amigo cogiéndole por un brazo, pero David, ya en el umbral de la puerta hizo un signo negativo, y volviéndola á cerrar con presteza, dió una vuelta á la llave.

Los tres comensales permanecieron, pues, en el patio, mirándose con ojos extraviados. Laroque, exclamó, pálido como la muerte:

—Mi deber era no abandonarle... ¿Si le acontece alguno desgracia que diré á...?

En aquel momento el rostro de David apareció tras las rejas de una estrecha ventana y les gritó:

—No os quedéis tan cerca; pueden llegaros algunos residuos.

Laroque se apresuró entonces á saltar sobre el reborde de piedra de la ventana y suspendiéndose de él con ambas manos, dijo:

—Señor Herbelin; dejeme usted entrar, se lo suplico... ¡No sabe usted, no puede usted figurarse el mal que me hace al prohibirme la entrada!... ¡Quisiera morir mil veces, antes que permanecer aquí fuera!...

—No ignoro, Laroque, que tendría usted derecho á hacer conmigo este experimento, pero quiero estar solo, ¿me comprende usted?... Es preciso de todo punto que esté solo...

Al oir estas palabras, Laroque con objeto de no ser oido por los demás preguntó en voz baja:

—¿Entonces, es que sabe usted de un modo positivo que puede acontecer alguna desgracia?

—Es posible, contestó David sonriendo amargamente.

Y desapareció en el interior del soportal, en tanto que Laroque se dejaba caer hasta el suelo para ir á reunirse con Cendrin y Raoul que paseaban con precipitado paso por el patio.



El humo de la máquina, que comenzó á salir en blancas bocanadas, vino á anunciarles el comienzo de la operación.

—¿Vamos á ver, señor Laroque, dijo Cendrin, es usted de opinión que pueda sobrevenir un accidente cualquiera?

—Dependerá tan solo de la mayor ó menor prudencia con que se lleve á cabo el experimento, pues en realidad nunca hemos tenido ni explosión ni rotura, sino en aquellas ocasiones en que hemos querido llevar las cosas al extremo... ¡Entonces... entonces es verdaderamente espantoso, créame usted; el estallido del trueno acompañado de la descarga eléctrica no tiene comparación con ello... La última vez, fué un verdadero milagro que no dejáramos la piel; y eso, que tratamos de ponernos al abrigo... Falta saber si el señor Herbelin tomará hoy las necesarias precauciones... Vaya, no puedo resistir al deseo de ver lo que hace.

Y quiso volver á la reja, pero Cendrin le contuvo con dulzura diciendo:

—No, no le contraríe usted; sería capaz de cometer una imprudencia todavía mayor: Confiemos en la casualidad, que es la Providencia de los sabios...

En aquel momento entró en el patio el coche que conducía á Luisa, Cecilia y Pérignon. Las dos primeras bajaron precipitadamente y exclamaron al propio tiempo:

—¿Dónde está?

—Allí, contestó Cendrin mostrando el soportal.

—¡Dios mío!... ¿No han podido ustedes evitarlo?

—¿Y cómo señora, por qué medios?

—Tratando de seguirle; estoy segura que acompañado, hubiera sido mucho más prudente que no estando solo, dijo Cecilia con tan emocionada voz que hizo palidecer á Laroque.

—Hija mía, contestó Cendrin, señalando con la mano hacia el sitio en donde se hallaba el joven director, este caballero ha cedido tan solo á las terminantes órdenes de David, y puedo asegurar que si no se halla en su compañía, es tan solo porque á pesar de sus súplicas no ha podido lograrlo...

Cecilia inclinó la cabeza sobre el pecho y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luisa se lanzó entonces hacia el soportal y golpeando sobre la puerta con el puño cerrado, gritó:

—¡David... estoy aquí con Cecilia!...

—Vete, respondió con voz sorda David desde el fondo del taller.

—¡Papá! ¡por Dios, yo te lo suplico, ven; gimió á su vez Cecilia con acento consternado.

—¡Os he dicho que os vayáis, ordenó nuevamente David, y sobre todo, que os llevéis á mi hija.

—Señor Herbelin, exclamó Laroque, déjeme usted entrar; se lo pido como una recompensa... ¿No comprende usted que lo contrario es un deshonor para mí?...

—Vaya, bueno, entre usted, dijo por fin David abriendo la puerta.

Ya sobre el umbral, Laroque transportado de



júbilo y volviendo sus miradas hacia Luisa y Cecilia, exclamó:

—Obedézcanle ustedes, se lo ruego. Respondo desde ahora que volverá sano y salvo.

Y lanzándose hacia el interior del soportal, cerró la puerta tras sí.

—¡Diablo de muchacho, y que templadito es!... ¡Y guapetón al propio tiempo! dijo Pérignon con voz tonante... Pero, vamos á ver, si no se llora por eso, niña: ahora tengo el convencimiento de que no acontecerá ninguna desgracia: las cosas han variado.

—Ha sido mucho mejor, dijo Cendrin, que hayamos obedecido las órdenes de David; si hubiéramos insistido, tanto Raoul como yo, hubiera dividido su atención entre su nueva máquina y nosotros, con grave perjuicio del experimento... Es necesario tener además en cuenta, que Pérignon ha exagerado mucho el peligro que pueda correrse... y, después de todo, tanto David como yo, estamos acostumbrados á esos pequeños accidentes de laboratorio.

—En cuanto á mí, dijo Raoul con forzada alegría, como quiera que no he venido aquí para desobedecer las órdenes del que me cobija bajo su techo, no he tenido más remedio que acatar su voluntad.

El coronel dirigió entonces una expresiva mirada á su sobrino como diciéndole: Acabas de perder una ocasión de primer orden, para mostrarte heroico ante tu futura, y el joven director ha sido más listo que tú!

Pero todos aquellos razonamientos y excusas no llegaban á los oidos de madre é hija; Cecilia continuaba llorando sentada sobre un banco al pie de un frondoso tilo, y Luisa, pálida y demudada se hallaba por completo entregada á sus pensamientos. ¿Qué clase de hombre es ese, se decia aludiendo á David, que cada dia se me revela bajo un nuevo aspecto? Aqui mismo, delante de mí, se encuentran, un militar que tiene fama de valiente y un sabio, célebre por sus descubrimientos, y el uno parece considerarle como á maestro y el otro tiembla ante su temerario valor. Hasta hace poco he dudado de ese mismo valor porque no ha provocado un duelo, que después de todo nada probaba ni á nada conducia... Así pues, es necesario creer que el desprecio que ha demostrado hacia las habituales costumbres del gran mundo, es una palpable prueba de su grandeza de alma, que se halla, ciertamente, muy por encima de los vulgares pensamientos que sustentan la mayoría de los hombres. ¡Ah, sí, indudablemente, aquel que arriesga su vida por llevar á cabo un experimento, no hubiera titubeado en batirse, si no se hubiese considerado desde luego superior á la injuria recibida y á los que se la habían inferido. Es decir, que él, el marido burlado, se hallaba á cien codos de altutura del burlador!...

Al llegar á este punto de su razonamiento, tuvo por vez primera Luisa, la completa certidumbre de su maldad y de lo absurdo de su conducta. Avergonzóse entonces de sí propia, penetrando un delicado sentimiento de humildad en su corazón, en



el que hasta entonces no se había cobijado más que el orgullo, y sintió la más viva tortura por haber abierto demasiado tarde los ojos á la luz de la razón.

Apoderóse, sin embargo, de su voluntad un firmísimo deseo de reparar, lo que ya le parecía un verdadero crimen, y se arrepintió de haberlo cometido, con la misma violencia que la había llevado al pecado. Pero en aquel instante, la idea de que aquel hombre pudiera desaparecer del mundo de los vivos sin haberla perdonado, se fijó tenaz en su mente y horrorizada por el temor de ver á David expirante, llevándose al sepulcro el odio y el desprecio que la profesaba, la hizo arrojar un grito de desesperación, que aterró á cuantos la rodeaban, y exclamar fuera de sí:

—¡Imposible!... Imposible soportar por más tiempo tan inconcebible agonía. Ya ha durado bastante esa prueba... Abre David, abre...

Abrióse la puerta y presentóse David con tranquilo aspecto ante Luisa, que retrocedió asustada detrás de él, y en la penumbra, divisábase á Laroque inclinado sobre los aparatos.

—¡Vaya, ya hemos concluído, dijo el inventor con reposada voz. Ahora ya podéis entrar; todo ha ido á las mil maravillas.

—¡Jesús, papá mío, y qué susto nos has dado! dijo Cecilia echándose en brazos de su padre.

—Pérignon, con sus exageraciones es el causante de todo... Estos militares, en seguida que se les saca del campo de batalla, se les pone carne de gallina.

—¡No me negarás, sin embargo, que corrías un gran peligro!

—¿Peligros?... respondió riendo David. ¿Y cuándo dejan de correrse? Cada vez que emprendemos un viaje por ferrocarril, corremos un peligro, y eso no obstante, ni siquiera pensamos en ello. No es ni más ni menos que una cuestión de costumbre, á la que estamos acostumbrados los que vivimos siempre entre máquinas, hornos y aparatos...

Luego, bajando la cabeza, añadió con acento de la más viva melancolía:

—Después de todo, la vida no vale gran cosa.

Y añadió señalando á Laroque:

—Este joven si que es un verdadero valiente, pues al perder la vida, se llevaría consigo, fe, juventud, y esperanza... Es decir, que él, arriesgaba algo... en tanto que yo...

Luisa y Cendrin oyeron solos estas palabras y cambiaron entre sí una inquieta mirada. El profesor penetró en el taller, y dirigiéndose hacia las máquinas, dejó solos y frente á frente á los dos cónyuges. Luisa, que no podía ocultar su exaltación, dijo entonces á Herbelin con acento conmovido:

—¿Por qué decir esas cosas? No son dignas de usted David: después de todo podría usted perecer y entonces!...

—Entonces, replicó Herbelin, quedaría usted viuda. ¿Qué más podría usted desear?

—¡Qué mal me juzga usted, ó mejor dicho, cuánto trata de herirme! Harto sabe usted, que si para prolongar su vida, fuese preciso el sacrificio



de toda mi existencia, no vacilaría un solo momento.

—¡Eh! ¡palabras y no más que palabras! No es posible sacrificar una existencia en beneficio de otra, sino sacrificándose cada día y cada instante en interés y por la dicha de aquellos á quienes se ama. A ese sacrificio, se le llama deber, pero tiene el defecto de no ser ni brillante, ni breve, ni heroico, para los que como usted se apasionan por los golpes de efecto y por los terribles desenlaces de un drama... ¡Qué quiere usted, esta existencia banal, requiere menos explosión en los sentimientos y más solidez en los principios...! En suma, que todo cuanto acaba usted de decirme no significa nada.

Luisa respondió inclinando la cabeza:

—Tiene usted razón. Las palabras demuestran tan solo el sentimiento que se experimenta en el momento mismo de pronunciarlas, y aun así y todo, duda usted quizás de la sinceridad de las mías... Tiene usted perfecto derecho de hacerlo así, y sólo debo decirle que me perdone si me he atrevido á hablarle en la forma en que lo he hecho... En adelante, trataré de que no sean las palabras, sino los actos quienes hablen por mí.

David dirigió una mirada á Luisa y después de examinarla con curiosidad parecióle tan diferente de como hasta entonces se había mostrado ante él, la vió tan grave, tan sinceramente conmovida y tan bella, como jamás había estado, que todo un mundo de dolorosas ideas acudió á su pensamiento. Juzgó que hubiera debido ejercer desde un principio

su autoridad con objeto de vencer aquel violento carácter, que, al propio tiempo no carecía de generosidad. ¡Qué manantial de dichas no hubiera brotado de aquella paridad de ideas y de opiniones!... Desgraciadamente, había dejado pasar los momentos más propicios, y gustos y costumbres opuestas habían levantado entre ellos infranqueable barrera, haciendo desaparecer por completo toda intimidad y haciendo posibles también los más peligrosos abandonos. Entonces, Herbelin, impulsado por el dolor que experimentaba, sintió no haber luchado, para poder siquiera atribuirse el mérito de no haber tolerado le robaran su adorado bien. Pero ya, ante lo irreparable ¿qué podía hacer? Todas las lágrimas de la culpable no eran suficientes para borrar la inolvidable mancha.

Suspiró con tristeza y penetró en el taller en donde Cendrin y Laroque discutían amistosamente. Con el corazón oprimido por la desgracia que tanto sobre Luisa como sobre él pesaba, adelantóse hacia sus amigos acariciando el deseo de contribuir á labrar la dicha del joven director ya que la suya había desaparecido para siempre, y dirigiéndose á Cendrin le preguntó:

—¿Crees, después de las explicaciones que te ha dado Laroque, que esta invención sea importante y frutuosa?

—Creo que en realidad no tan sólo es práctica y sencilla, sino que asimismo está llamada á obtener un gran éxito...

—Pues bien, querido Laroque, como quiera que usted ha compartido mis trabajos, tendrá usted la



mitad en los beneficios... Tomaré el privilegio de invención á su nombre de usted y al mío.

Tornóse el joven densamente pálido y exclamó asiendo las manos de su principal:

—¡Cómo, señor Herbelin!... Eso es demasiado y yo no puedo aceptar... ¿Qué he sido yo, más que un mero ejecutor de sus órdenes?... Usted y sólo usted ha sido quien ha hecho el descubrimiento...

—Y usted quien lo ha aplicado y perfeccionado... ¿Además, quién estaba conmigo hace poco encerrado en este taller?... usted, solo, porque únicamente usted tenía derecho para ello. Al hacer lo que hago, sé que aseguro su fortuna, en lo cual tengo un verdadero placer, porque sé que es usted una excelente persona, sin contar con que de ese modo pago una justísima deuda al recuerdo de lo que por mí hicieron los respectivos padres de Cendrin y de Pérignon, cuando como usted ahora, no era yo otra cosa sino un hombre honrado y trabajador. Aprovéchese de esa suerte, y Dios haga que pueda contribuir á su felicidad.

—Todo hace creerlo, dijo Cendrin, que desde hacía uu momento fijaba su mirada en Cecilia, cuyos ojos brillaban de júbilo. Hay personas á quienes todo les sale bien, pero como cuando en el caso presente, lo merecen, es miel sobre hojuelas.

---